

ria. El que se apoderó de Abisinia. El que acabará con nuestros débiles países si no se enfrentan al capital monopolista que los agobia. Y a los testafierros que le sirven. Y a los gobernantes que lo apoyan.

¡El terror! ¡El terror! Evacuación torturante de centros urbanos en peligro. Familias enteras que lo dejan todo, que todo lo pierden y abandonan para salvarse.

Han visto entre los escombros de casas vecinas los cuerpos destrozados del pariente, del abuelo, de la madre que dormía con su hijo al pecho, del trabajador que reposaba en su cama con los ojos cerrados y despertó en la eternidad con los ojos desmesuradamente abiertos.

Salen del pueblo los supervivientes, bajo la nieve, bajo la lluvia, con los pies inflamados y el alma deshecha en busca de un lejano rincón que los ampare. Muchos no llegan. ¡Málaga, Málaga, camino de Almería!

A nadie respetan los obuses de los artilleros ni la metralla que lanzan los aviones. Los modernos «Fiat», los «Savoia», los «Romeo», los «Junkers», los «Caproni», vuelan sobre los evacuados, sobre los montes, sobre las carreteras rojas de sangre y de vísceras deshechas.

¡La barbarie científica está «civilizando»! Y el éxodo se convierte en gritos de angustia, en voces de dolor, en cabezas cercenadas, en mujeres muertas, en niños con las entrañas al sol y al aire.

Sí. Pero hay también en el ambiente un intenso clamor colectivo de protesta. Y cientos de miles de hombres armados en defensa de su patria. Y millones de puños en alto que forjarán la victoria del pueblo español contra los traidores y los mercenarios.

Los periódicos son un fiel reflejo de ese ambiente. He aquí algunos títulos, cuando Madrid estuvo otra vez en peligro al iniciarse una tercera invasión de italianos y alemanes por el Jarama y por el norte de Guadalupe:

«Madrid soporta una nueva y bestial ofensiva. Con sus armas, con su técnica moderna, con sus hombres el fascismo se lanza al ataque. Quiere tomar a toda costa nuestra invencible capital. Madrid lucha, sufre y sangra. ¡No caerá! Ayudemos a la gran trinchera de la libertad española. ¡Paz en la retaguardia, trabajo activo, solidaridad estrecha hacia los bravos compañeros de los frentes del centro!»

«¡Ni una debilidad, ni una cobardía! ¡La muerte con honor en los campos de batalla, en el frente de lucha, antes que la vergüenza de los campos de concentración y el oprobio de la dominación fascista! ¡España no será jamás una colonia ni será Madrid Addis-Abeba!»

«¡Contra el invasor extranjero! El pueblo está en pie de guerra por la independencia de la patria. ¡Viva España libre! Para ahogar la libertad vinieron en 1823 cien mil franceses. Cien mil italianos han hollado ahora el suelo español para desarraigar la planta liberal. ¡A ellos, españoles!»

«¡Viveres, hombres y armas para Madrid! Las carreteras y los ferrocarriles de Cataluña y de la región valenciana deben ser un convoy interminable de todo lo que necesitan los heroicos defensores de la capital de la República.»

«Por la libertad, por la independencia, ¡guerra a muerte y sin cuartel al invasor! Cerremos el paso a los nuevos bárbaros que quieren hacer de España una colonia extranjera. Su planta no profanará jamás la tumba de nuestros antepasados.»

«Los partidos republicanos, Comunista, Socialista y Sindicalista, por

una parte, y los sindicatos obreros y organizaciones específicas por otra, son el baluarte de la victoria por lo que representan y por la unión de todos ellos en la lucha antifascista. ¡Estrechemos aún más los lazos que nos unen! ¡En estos momentos culminantes, más que nada, unión!»

«Frente a toda Italia, frente a toda Alemania, hemos de plantarnos todos los españoles en haz decidido y heroico. ¡Y así venceremos!»

Letra y espíritu de algunos de los centenares de carteles que hay en Madrid, en Valencia, en Barcelona, en las más importantes ciudades y en los más remotos pueblos de la España leal:

«Madrid defiende a España. España debe defender y honrar a Madrid.»

«¡Mujeres! Trabajad en la retaguardia. Trabajad por los compañeros que luchan.»

«Tots a sembrar. ¡Ajudeu els vostres germans del front!»

«¡Hagamos una infancia alegre y feliz! El Ministerio de Instrucción Pública ha fundado cines, clubs y centros para juegos infantiles.»

«¡Campesino! Tus enemigos te hicieron trabajar de sol a sol para alimentarlos. Ahora que la tierra es tuya, trabaja de sol a sol para aniquilarlos.»

«El frente de Madrid es el frente de nuestra independencia nacional contra los invasores.»

«Luchemos por que el porvenir de nuestros hijos no sea tan indigno como nuestra infancia.»

«Es preferible morir en pie que vivir de rodillas.»

«¡Defended la cultura de vuestros hijos, luchando contra el fascismo hasta exterminarlo! El Gobierno del Frente Popular, por medio del Instituto Obrero, abre a los trabajadores las puertas de la cultura superior.»

«¡Todo para la defensa de Madrid! Hombres, armas, víveres y hogares para los evacuados.»

«Las mujeres españolas preferimos ser viudas de valientes que mujeres de cobardes.»

«Luchemos todos para aniquilar a los enemigos del pueblo y construir una España libre y próspera.»

«¡Madrid: tumba del fascismo! ¡Madrid: cuna de la victoria popular!»

A la vibración emocionante de esas frases que están en todos los corazones y en todos los labios, contesta el ejército del pueblo derrotando a los alemanes; haciendo pedazos a los italianos; armándose con los cañones, los tanques, las ametralladoras, con el formidable equipo guerrero que Hitler y Mussolini han enviado para matar españoles.

De nada sirven las proclamas altisonantes de los generales del Duce a las divisiones que comandan. ¡Su idioma no es el de Garibaldi, que acaso entenderían mejor estos pobres «voluntarios» fascistas importados!

Firman Coppi, Manzini, Nuvolini o Bergonzoli. ¡Bergonzoli! ¡El verdugo de los abisinios! ¡El jefe de la columna motorizada que a sangre y fuego entró en Addis-Abeba!

«Comando de la mia Brigata Volontari. Ordine del Giorno...» Los soldados no quieren oír. Saben que están cavando su sepultura en territorio español. ¡Huyen! ¡Huyen!

Los increpa sin recato el delegado Grandi, desde Londres, en las propias barbas del flamante Comité de no Intervención: «¡El honor de Italia se juega en esta guerra!» Los soldados no se detienen a investigar qué es el honor fascista. Prefieren retirarse para salvar la vida.